



## Don José Riera Senac Un capellán murciano en la gesta del 98

*Francisco CANDEL CRESPO*

Teniente Vicario de 1ª del E. A.  
Académico C. de la Real de la Historia

### INTRODUCCIÓN

El Centenario de la famosa batalla naval de Santiago de Cuba, me hace recordar que en tal gesta, dolorosa y gloriosa a la vez, tomó parte un joven sacerdote murciano y fulgentino: DON JOSÉ RIERA SENAC, de conocida y artesanal familia del Barrio de San Antolín, y aunque ya me ocupé de su figura en mi libro «La Diócesis de Cartagena y la aventura de América» (Murcia 1993), quisiera evocarla en estas líneas, escritas con el seguro apoyo de información fidedigna, a través del familiar y entrañable DIARIO DE MURCIA, dirigido por aquel patriarca de periodismo murciano que se llamó DON JOSÉ MARTÍNEZ TORNEL.

### ENTORNO FAMILIAR

Don José Riera Senac nació en la murcianísima calle del Pilar, en una casa muy cercana a su evocadora ermita, el día 24 de Septiembre de 1872 y —según la prudente y cristiana costumbre de la época— recibió el Bautismo al día siguiente en la parroquia de San Pedro (Libro 16 Folio 64).

Fueron sus padres Don José Riera Giménez, un buen maestro dorador, y Doña Antonia Senac Pulido, hija del famoso maestro platero Don Luis Senac y Huertas<sup>1</sup> al

---

1 Don Luis Senac Huertas (1818-1904) era hijo del Maestro calderero francés Don Luis Senac y Fos y de la murciana Antonia Huertas. Casó con Doña Catalina Pulido Trives, hija de otro Calderero italiano; entre sus hijos destacaron ANTONIA, madre de nuestro biografiado, JUANA profesa en el Real Monasterio de Santa Clara de Murcia y ANDRÉS afamado Maestro Platero como su padre.

Don Luis Senac es autor de obras muy artísticas, destacando la estatua en bronce de la FAMA que coronaba el monumento a los murcianos ilustres, siendo también notable su participación en la restauración de la Catedral de Murcia después del incendio de 1854. Gozó de una sana popularidad, como refleja la prensa de la época. Falleció el 15 de abril de 1904 a los 84 años de edad.

que veremos tomar parte en la vida de su nieto al que debió de amar entrañablemente.

Tanto los Riera como los Senac, familias artesanales, habían establecido sus lares en la vieja calle del Pilar (antes llamada de Campaneros) por funcionar en ella, así como en su desaparecido «Corralazo», una serie de primitivas industrias todas relacionadas con el mundo del metal: Campaneros, caldereros, torneros y ajustadores, culminando todos estos oficios con la Platería de Don Luis Senac, el abuelo de nuestro biografiado.

Como era habitual en aquellos años, los Riera-Senac bautizaron en San Pedro, además de PILAR, la primogénita, y nuestro JOSÉ, otros cinco hijos, tres varones y dos hembras, si bien alguno falleció en edad pupilar, porque también hacia estragos la mortalidad infantil.

En este ambiente de forjas, troqueles y hornos transcurrieron los días de la infancia primera del futuro Capellán de la Armada, siendo digno de destacar el ambiente de religiosidad popular que se respiraba en aquellos años de la Murcia decimonónica, con sus grandes contrastes de hombres que presumían de anticlericales, mientras sus esposas y sus hijas eran sinceramente devotas y aún muy fervorosas, con una proliferación extraordinaria de novenas y cultos cuaresmales muy frecuentados.

La Parroquia de San Pedro debió de contar pronto entre sus monaguillos al pequeño Riera Senac y, tal vez aconsejado por el Párroco de la misma Don Ramón Fernández Asensio y el profesor del Seminario Don Mariano Sanz Barrera, feligrés también de San Pedro, ingresaría nuestro biografiado a sus diez floridos años en el Seminario de San Fulgencio de Murcia, tal vez a lo que me figuro como Alumno externo en los primeros años de su carrera como solía ocurrir con los que eran vecinos de la Capital murciana.

## COLEGIAL EN SAN FULGENCIO

Fundado en 1592, por el Obispo Dávila y Toledo, había conocido sus años más gloriosos cuando a finales del XVIII se le otorgó tal vez por influencia del Conde de Floridablanca el llamado «Privilegio de los Grados» y con la fundación de las Cátedras de ambos Derechos por el Obispo Rubín de Celis.

Los acontecimientos políticos del primer tercio del siglo XIX influyeron un tanto negativamente en su vida y a raíz de la revolución del 1868 permaneció cerrado (convertido en Cuartel unas veces y otras en Cárcel) hasta 1878, en que recuperado por el Obispo Anguacil y Rodríguez reanudó su vida estudiantil con gran eficiencia.

A éstos años de restauración corresponde el periodo estudiantil del Seminarista Riera, quien cursó tres años de Humanidades Clásicas, tres de Filosofía Escolástica, cuatro de Sagrada Teología y dos de Derecho Canónico, teniendo por Superiores y Profesores a sacerdotes muy elegidos y competentes de la Diócesis de Cartagena, adquiriendo una serie de conocimientos, no sólo eclesiásticos, sino de Arte y Cultura que le sirvieron de gran provecho en su largo periplo castrense en el que disfrutó del aprecio y admiración de sus aforados, como hemos podido comprobar documentalmente.

## EL GOZO DEL SACERDOCIO

Terminados con brillantez los estudios eclesiásticos, como hemos podido comprobar documentalmente por los Boletines del Obispado que publicaban anualmente las calificaciones

obtenidas por los alumnos del Seminario de San Fulgencio, se acercaron para Riera, como para sus compañeros de estudio, las fechas inolvidables de las Órdenes Sagradas.

El día 20 de Mayo de 1896 —según EL DIARIO DE MURCIA— entraban en Ejercicios Espirituales, preparatorios para la Ordenación, entre otros, además de nuestro biografiado, Don Pablo López Cerón, años más tarde muy celoso Párroco de Pliego, constructor de su Cementerio, y Don Pedro Gil García, Magistral de Ciudad Real y posteriormente Dignidad de Arcediano en la Catedral de Murcia.

Debemos también de mencionar en esta «hornada» a Don Baldomero Torres Perona que fallecería siendo Deán de la Catedral de Palencia, Don Juan José Fernández Cano, Párroco de Alumbres (Cartagena) hasta 1934, y Don Andrés Sánchez Chaparro y Don Serapio Martínez López-Guillén.

Las Órdenes Generales se celebraron en la Capilla del Palacio Episcopal el día 30 de Mayo del mismo año, por el Obispo Don Tomás Bryan y Livermore, perteneciente a una aristocrática familia malagueña, y el 19 de Septiembre del mismo año, junto con otros cinco de sus condiscípulos, recibía el Presbiterado en la iglesia del Convento de San Antonio.

La Primera Misa la celebró en su Parroquia de San Pedro Apóstol, coincidiendo con su cumpleaños, tal vez por esta razón o por ser la Festividad de N<sup>ra</sup> S<sup>a</sup> de las Mercedes, muy popular en la Murcia del XIX por haber estado en la Ciudad los Padres Mercedarios desde la Reconquista.

Como era de esperar, asistieron al joven sacerdote en el altar el Párroco de San Pedro y Don Mariano Sanz Barrera, antes citados, y como Diácono y Subdiácono Don Ricardo Brotons y Don Antonio Murcia, este último Capellán del Hospital de San Juan de Dios. Por indisposición del orador elegido que era el notable Párroco de El Esparragal, el famoso jumillano Don José Tomás Pérez, predicó el Coadjutor de Santa Eulalia Don José Megías Almendrés (fundador años más tarde de el diario LA VERDAD) y apadrinaron al neosacerdote su abuelo el Maestro Platero Don Luis Senac Huertas y su hermana mayor Pilar Riera Senac.

«Dios ha querido que el honrado y popular Don Luis Senac, después de la grave enfermedad que le ha aquejado, haya tenido esta satisfacción, acaso la más grande de su vida», comentaba EL DIARIO DE MURCIA juiciosamente el 25 de Septiembre, y tres días después, el 28, que el viejo Senac había tenido el detalle de enviar unos dulces al sin duda goloso periodista... ya que el suceso se había celebrado con toda esplendidez en casa del Platero.

En contra de lo que sucede ahora e incluso muchos años antes, en vez de otorgar al novel sacerdote un cargo parroquial más o menos importante, transcurrían a veces largos meses sin que se les diera cargo, viviendo a costa de sus sacrificados padres, ayudándose en lo económico por la asistencia a funerales y entierros, que se celebraban entonces con numerosa asistencia de clérigos... todo esto explica —como veremos seguidamente— la pronta adscripción de Riera Senac al Clero Castrense.

## CAPELLÁN DE LA ARMADA

Los graves conflictos coloniales de finales de siglo aconsejaron el envío a Cuba y Filipinas de grandes contingentes de Tropas y esto dio lugar a que, con toda rapidez, se convocaran oposiciones al Cuerpo Castrense.

Según sólida tradición diocesana en Murcia, ante la premura del tiempo estas oposiciones se celebraron en la amplia sacristía de la Parroquial de Santa María de Gracia de Cartagena, así como en otros lugares de la geografía nacional, siendo por lo visto muchos los aspirantes a aquellas plazas, uno de ellos nuestro biografiado.

Gracias a la diligencia informativa de EL DIARIO DE MURCIA conocemos estas interesantes noticias:

«Ha tomado posesión del cargo de Capellán interino del Crucero «Infanta María Teresa» nuestro amigo Don José Riera Senac, quien en breve hará oposiciones para que se le confirme en propiedad dicha plaza. Reciba nuestra enhorabuena el joven e ilustrado sacerdote» (6 de Noviembre 1896).

De modo que vemos a Riera, con su Sacerdocio recién estrenado incorporarse, con carácter provisional a la Armada, pero con el propósito de hacer las oposiciones antes citadas.

En esta decisión, muy propia de la audacia juvenil, he creído ver la mano providente de un Capellán de la Armada murciano de pro: Don Mariano Medina y Romero<sup>2</sup> quien a lo que creo debió de orientar y animar al joven sacerdote su paisano, como suele ocurrir.

El 18 de Febrero del año siguiente se lee en EL DIARIO DE MURCIA:

«ASCENSO. Ha sido ascendido a Capellán 2º del Cuerpo Eco. del Ejército el aspirante aprobado del Distrito de Cartagena, nuestro buen amigo Don José Riera Senac».

El 19 de Febrero da la noticia de que ha sido nombrado Capellán en el Regimiento de Luchana y el 25 de Marzo que había venido a pasar unos días con sus familiares, pero mucho más sugestiva es la noticia que publica el 30 de Marzo, en que se ve claramente su definitiva adscripción a la Armada:

«ENHORABUENA. Mañana regresará desde ésta a Mahón el ilustrado sacerdote Don José Riera Senac, que ha permanecido unos días al lado de su familia, después de ser examinado y aprobado en Cartagena para Capellán 2º en propiedad de la Armada, con destino en el Acorazado «Infanta María Teresa». Reciba el joven sacerdote nuestra cordial enhorabuena».

Los días 8 de Septiembre y 28 de Diciembre también viene a Murcia a disfrutar de una merecida licencia entre los suyos y también EL DIARIO publica la noticia.

## EL FUNESTO AÑO 98

Conforme nos vamos acercando, cronológicamente, a la fecha de la dolorosa tragedia, cobran más interés, anecdótico y sentimental, las noticias del periódico murciano, que reflejan perfectamente el clima de exaltación patriótica de aquellos lejanos días.

El 23 de abril, lo mismo que en otras muchas ciudades y pueblos de España, se celebra en Murcia una gran manifestación popular contra los Estados Unidos y su injusta declaración de guerra... los manifestantes parten del Ayuntamiento, desfilan ante el Palacio Episcopal y el

---

2 Don Mariano Medina y Romero (1845-1904), de distinguida familia de comerciantes murcianos. Cursó con suma brillantez los estudios en el Seminario de San Fulgencio, defendiendo una Tesis pública en 1865. Notable orador sagrado, varios de sus sermones y oraciones fúnebres merecieron el honor de la imprenta. Licenciado en Cánones por Toledo (1879). Predicador de Honor de S.M. (1881). Teniente Vicario de Cartagena. El 1897 era nombrado Vocal de las oposiciones para cubrir diez plazas de Capellanes de la Armada (lo que confirma mi antedicha suposición en favor de Riera). Era asimismo Licenciado en Farmacia. Falleció en Murcia el 4 de noviembre de 1904.

Seminario de San Fulgencio (ambos edificios en el corazón de la vieja Ciudad) y los seminaristas, curiosamente asomados a los balcones, se asocian con entusiasmo a la manifestación, lanzando becas y bonetes y uno de ellos lee una patriótica poesía (publicada también por EL DIARIO al día siguiente) y se unen a la manifestación que culmina en la plaza de Santo Domingo, ante la mirada atónita de las buenas gentes que han acudido el mercado semanal...

Consecuente con este ambiente de exaltación podemos leer en EL DIARIO de 30 de mayo: «MARINOS MURCIANOS. De los dos murcianos que van a bordo del «Infanta María Teresa» y del «Vizcaya», pertenecientes como es sabido a la Escuadra de Cervera, han recibido sus familias cartas fechadas en la Martinica.

En ambas cartas se refleja no solo un levantado patriotismo...».

31 de mayo:

«NOTICIAS LOCALES. DESDE LA MARTINICA. Hemos tenido la satisfacción de leer una carta fechada en Martinica, que dirige a sus padres nuestro querido amigo el Capellán del Acorazado «Infanta María Teresa» Don José Riera Senac.

En dicha carta, que está hermosamente sentida, dice este paisano nuestro que el viaje de Cabo Verde a Martinica ha sido delicioso por el buen tiempo, y como si la Escuadra Española fuera señora de aquellos dilatados mares, no ha encontrado ninguno de los muchos barcos enemigos que tenían la misión de buscarla.

Dice este ilustrado sacerdote que esperan tranquilos la suerte que DIOS les tenga deparada y que, aunque pocos, están animados del mejor espíritu confiando él particularmente en que la Virgen de la Fuensanta, nuestra venerada Patrona, y la justicia que asiste a España en la contienda a que la provocan, harán que vuelva a abrazar a sus padres, una vez cumplida por nuestros barcos la misión que llevan de defender la honra nacional.

Quiéralo la Virgen, a quien pedimos que se cumplan los filiales y patrióticos deseos del joven Capellán del «Infanta María Teresa»».

Y el 15 de junio:

«CAPELLANES DE MARINA. El Capellán del «Infanta María Teresa» Don José Riera y el Capellán del «Pelayo» Don Pedro González, los dos murcianos y los dos jóvenes, tienen fe y valor para representar a la Religión en medio de tantos peligros y para arrostrar por Dios y por la Patria todos los trabajos»<sup>3</sup>.

Dos días después, se puede leer:

«Desde Santiago de Cuba nuestro estimado amigo el Capellán del Acorazado «Infanta María Teresa» Don José Riera Senac, ha escrito a sus padres comunicándoles su feliz arribada con la Escuadra del Almirante Cervera».

Pero, muy cautamente añade el redactor del periódico:

«La carta de nuestro paisano está fechada el 20 de mayo, o sea anteriormente a los

---

3 Don Pedro González Asensio (1854-1933). Natural de Murcia, hijo de humilde y honrada familia, se ordenó Pbro en 1880, siendo Coadjutor de la Parroquia de San Pedro. Ingresado en la Armada en 1888, dos años después obtenía la Licenciatura en Cánones por Granada, Capellán del PELAYO en 1898, de él decía la revista NUEVO MUNDO: «El Capellán Don Pedro González Asensio es un respetable Párroco y además un español de temple». En 1899 era nombrado Capellán del Arsenal de Cartagena, llegó a ser Teniente Vicario de 1º, siendo además Caballero de la Orden del Santo Sepulcro, distinguido con varias condecoraciones. Falleció en Murcia el 27 de julio de 1933.

bombardeos, por lo que no ha tenido tiempo de comunicar sus impresiones respecto de la Guerra ...».

La «Hoja de Servicios» del benemérito y joven Capellán, nos relata con la escueta veracidad castrense que caracteriza a estos documentos y que nos recuerda un poco el famoso SIN NOVEDAD EN EL ALCÁZAR del glorioso Moscardó:

«Llegó a Santiago de Cuba el 19. El 21 se presentó la Escuadra norteamericana y dio principio el bloqueo, finalizando el mes con el primer bombardeo que duró dos horas. Los días 3, 6 y 22 de junio se repitieron los bombardeos. El 1 de julio sufrió un bombardeo de tres horas. El 3 salió a la mar, entrando en combate con la escuadra enemiga. Incendiado su buque y haciéndose imposible la permanencia a bordo, una vez embarrancado el barco, vióse obligado a abandonarlo con el resto de la tripulación, arrojándose al agua y siendo recogido por un bote enemigo con cuyo auxilio llegó a la orilla, viéndose entonces rodeado por un grupo de insurrectos, hasta que llegó una sección de Fuerza Armada yanqui. Hecho prisionero de guerra fue conducido al vapor «Harward» en el que continuó navegando por la costa de Cuba, dedicado a la asistencia espiritual de los demás cautivos y enfermos...».

¿Qué ocurría mientras tanto en Murcia? EL DIARIO, como toda la prensa española de aquellos días, está lleno tanto de tristes noticias como de fatales augurios, sin que falten acres pinceladas exigiendo temidas responsabilidades a los políticos... pero no es nuestra intención analizar «a posteriori» estos hechos, sino relatar las peripecias de nuestro biografiado, dolorosamente compartidas por todos los suyos y —dado el ambiente casi familiar de la pequeña capital provinciana— por casi todos sus paisanos y amigos.

8 de Julio, Viernes:

«PADRES ATRIBULADOS. Desde el martes último, en que se supo en ésta la horrible catástrofe de nuestra Escuadra, son objeto de la más viva simpatía y conmiseración nuestro querido amigo DON JOSÉ RIERA y su atribulada esposa, por la angustiosa incertidumbre que amarga sus espíritus.

Hasta la hora que esto escribimos no sabe esta honrada familia la suerte que haya podido haber a su hijo el joven Capellán del «Infanta María Teresa» Don JOSÉ RIERA SENAC ilustrado y estimadísimo amigo nuestro.

Todos cuantos conocemos a este tan querido y buen hijo no hemos apartado un instante nuestro pensamiento de él.

En la calle del Pilar donde ha nacido y viven los padres del señor RIERA y su abuelo el popular Luis Senac, no hay otra preocupación entre todos los vecinos.

Esta infeliz madre ha enfermado en estos días. Ha llegado a inspirarnos serios temores su vida. Su hogar es la mansión de la tristeza y el duelo. ¡Con qué ansiedad esperábamos el martes que el telégrafo desmintiera o atenuara mucho la catástrofe, para habernos apresurado a llevar un consuelo, unas esperanzas a aquel hogar entristecido!

Todo hasta ahora es incertidumbre nada más. Desde el fondo de nuestro corazón anhelamos y a Dios se lo pedimos que dicha acongojada familia reciba pronto una gratísima nueva que devuelva la salud a esa infeliz madre y a todos la satisfacción de que el joven Capellán está sano y salvo».

La anterior noticia deja bien patente tanto el dolor de la familia Riera Senac, como el impacto producido por ella en la Murcia de finales de siglo... y nos figuramos las conversacio-

nes y los dolorosos comentarios tanto en los salones aristocráticos, como en las tiendas del Barrio de San Antolín, tan popular siempre y con tanto ambiente familiar... debiéronse de renovar las plegarias a las imágenes más veneradas, las buenas gentes quedarían conmocionadas al Paso del Viático llevado a la pobre madre en medio de un silencio conmovedor. Unos días después de la dolorosa espera consignaba el periodista murciano una buena noticia:

«EL DÍA DE AYER. RIERA SENAC. Concurren en este joven Capellán que fue del acorazado «Infanta María Teresa», circunstancias tales, que la noticia recibida ayer de haber salido ileso del desastre de nuestra Escuadra produjo aquí general regocijo.

Riera es un muchacho de mucho talento, que ha hecho en el Seminario de San Fulgencio una carrera ejemplar. Es todo corazón y Dios ha querido que sea el consuelo y sostén de sus padres franqueándole un porvenir brillante.

Los azares de esa guerra inicua de los yanquis ha podido sortearlos y los ha afrontado; joven, con aliento para todo, poseído de los deberes de su ministerio, allá fue por esos mares ingratos a sufrir lo que Dios le deparase y Dios ha querido librarlo de la muerte.

¡Lo que esa madre infeliz ha sufrido! El día de la infausta nueva parecía que iba a ser el último de su vida. Cayó como herida por un rayo y hubo que prestarle los auxilios de la Ciencia y también los espirituales.

Ese pobre padre, nuestro amigo. ¡Qué de amarguras no ha devorado en silencio!

Ese abuelo, el popular y murcianísimo Don Luis Senac. ¡Qué horribles desalientos no habrán lacerado su corazón de anciano, tan bondadoso y tan amante de los suyos!

Todos habíamos perdido ya algo de esperanza, su familia y sus amigos, porque el joven Don José Riera goza de merecidas simpatías y a todos nos alcanzaba algo el dolor de sus padres y su penosa incertidumbre.

Cuando en la madrugada de ayer recibimos tan buena nueva, después de 18 días de tristes augurios por la muerte de nuestro amigo, parecía como que se nos quitaba del pecho una pena abrumadora. J.F.B.»<sup>4</sup>. (José Frutos Baeza, indudablemente). EL DIARIO DE MURCIA (23 de julio 1898).

Pero sigamos oyendo la veraz y a la par escueta HOJA DE SERVICIOS:

«El día 8 (Julio) fue llevado a Guantánamo, de donde salió el 10, siguiendo para Portsmouth, adonde llegó el 15. El 18 salió para Annapolis, adonde llegó el 20 desembarcando el mismo día y siendo alojado en la Escuela Naval. En virtud de oficio del Gobierno Norteamericano, de fecha 11 de Agosto, fue puesto en libertad para que acompañara en su viaje a España al primer médico del «Vizcaya» Don Antonio Jurado, gravemente enfermo, por lo cual, con fecha 12, recibió del Almirante Cervera instrucciones escritas para el desempeño de dicha comisión...».

Aunque con el necesario retraso, EL DIARIO DE MURCIA se hace eco de estos hechos:

EL DIARIO DE MURCIA (16 de agosto 1898).

«NOTICIAS LOCALES. DE UN PRISIONERO. Ayer recibió nuestro amigo Don José Riera tres cartas de su hijo el Capellán de la Escuadra, fechas 4, 23 y 24 de julio, la primera en

4 Don José Frutos Baeza (1861-1918) ilustre escritor y periodista murciano: comenzó con el oficio de cajista en EL DIARIO DE MURCIA, hasta que su Director, Don José Martínez Tornel lo hizo redactor del mismo. Se licenció en Derecho y fue Procurador de los Tribunales, brillante poeta, debió de conocer y apreciar mucho a las familias Riera y Senac, como se deduce de sus artículos. Falleció el 18 de marzo de 1918, la Ciudad le dedicó una céntrica calle y un busto.

el vapor americano que recogió a los prisioneros después del desastre de Santiago y las otras dos en Annápolis donde residen.

Las cartas son del hijo a los padres y no contienen más que saludos cariñosos y afectuosísimos del que sabe cuanta felicidad ha de proporcionar ver su letra a los que lo han llorado como muerto.

El Capellán Don José Riera dice que no pudo salvar nada de su ropa y equipaje, porque su camarote fue uno de los primeros que se incendiaron.

Sólo he podido salvar —dice el joven sacerdote— el retrato de mi madre que llevaba conmigo, para salvarme con él o ahogarme con él si tal hubiera sido mi desgracia. Riera se salvó nadando...».

23 de agosto:

«NOTICIAS LOCALES. LOS PRISIONEROS. «EL NUEVO PAÍS» recibido ayer dice que, a pesar de cuanto se ha hablado de la libertad de los Marineros de Cervera, éstos continúan prisioneros y sólo se ha autorizado para regresar a España al señor Díaz Moreu, al médico señor Jurado y al Capellán Sr. Riera Senac, nuestro paisano y amigo».

6 de septiembre:

«NOTICIAS LOCALES. EL CAPELLÁN RIERA. Ayer mañana llegó a esta capital nuestro querido amigo el Capellán de la Armada Don José Riera, siendo recibido en la estación por muchos amigos y en la calle del Pilar con grandes muestras de regocijo. Nos asociamos a la satisfacción de la familia Riera».

Sintonizan perfectamente estas buenas nuevas con el testimonio veraz y fidedigno de la citada HOJA DE SERVICIOS:

«El 18 salió, por ferrocarril, con el Doctor Jurado para Nueva York y llegó el mismo día. El día 20 a bordo del vapor alemán «Kaiser Wilhem II» salió para Gibraltar, adonde llegó el 29. El 30 salió para Algeciras en el remolcador «Elena» trasbordando allí al «Mogador» y saliendo el mismo día para Tánger y Cádiz, a cuyo último puerto llegó el día 31. Dicho día se presentó en S. Fernando, dejando al señor Jurado en su domicilio, terminada la comisión».

(Muchos años después, en 1923, en un interesante artículo publicado en la revista «Héroes de Cavite» se hizo Riera eco de este histórico viaje en el que sintonizó con algunos periodistas y también con Monseñor Sbarretti, Auditor de la Nunciatura en Washington y años más tarde Cardenal).

Pero una vez entregado el médico del «Vizcaya» a sus familiares (objeto primordial de su viaje y causa de su liberación como prisionero de guerra) hubo de realizar el capellán murciano otra comprometida misión:

«El día 1 de septiembre, autorizado por el Excmo. señor Capitán General del Departamento, salió para Madrid haciendo su presentación oficial al Excmo. señor Ministro de Marina, conforme a las instrucciones recibidas del Almirante. El 4 salió para Murcia en uso de cuatro meses de licencia como repatriado, continuando así hasta fin de Diciembre en que se presentó en Cartagena y quedó agregado al Departamento».

¿Cómo fue aquella «presentación oficial» al Ministro de Marina? Sin duda, tal vez prescindiendo del protocolo el alto Jefe interrogaría al Capellán como testigo de vista de lo sucedido y, con toda probabilidad, recibiría por mano de Riera aquellas «instrucciones escritas» a las que hacía referencia la Hoja de Servicios.



Como suele suceder en casos parecidos, la prensa española debió de fantasear los hechos y tal vez las declaraciones de Riera como éste hizo constar pocos días después y veremos seguidamente.

EL DIARIO DE MURCIA, siguiendo su línea de afecto al entrañable paisano, consignaba fielmente:

(7 de septiembre de 1898).

«NOTICIAS LOCALES. EL CAPELLÁN RIERA. Ayer tuvimos el gusto de saludar en su casa a este querido amigo nuestro, Capellán del «Infanta María Teresa» y testigo del gran desastre de la Escuadra de Cervera.

Desde que llegó anteayer el joven sacerdote, su casa es visitada por numerosos amigos suyos y de sus padres que acuden conmovidos a darles la enhorabuena por el feliz regreso al hogar tan deseado y querido.

El Capellán señor Riera nos ha manifestado que mucho de lo que han dicho los periódicos de toda España como declaraciones suyas a su llegada a Cádiz es puramente fantástico.

Sólo en conversación particular dijo el señor Riera algo de sus impresiones de aquel fatídico día para la Patria, reservándose lo que no podía hacer público para manifestarlo como lo ha hecho en Madrid al señor Ministro de Marina.

Obrando con su reconocida discreción el ilustrado Capellán de la Armada, no manifiesta conocer, aunque conozca, ciertos antecedentes y noticias relacionadas con aquella gran catástrofe, de la que se salvó, como es sabido, a nado con muchos marinos.

Viene el señor Riera con licencia para cuatro meses que los pasará al lado de sus padres.

Repetimos nuestra bienvenida y enhorabuena a este querido amigo».

## HOGAR, DULCE HOGAR...

Después de tan larga como dolorosa ausencia aquellos cuatro meses de merecida y bien ganada licencia debieron de saber a miel al joven Capellán Riera y EL DIARIO DE MURCIA nos sigue proporcionando interesantes y a la par anecdóticas noticias:

El día 11 de octubre, al anunciar la función de la Virgen del Pilar en la ermita de su nombre, señala que «La Misa de la función la celebrará el señor Riera, Capellán de la Armada...». ¡Cómo se emocionaría el benemérito Capellán en aquella ocasión! Y —aunque EL DIARIO no lo consigne— nos figuramos que el predicador de la solemnidad debió despacharse a su gusto con claras alusiones al doloroso desastre colonial y al celebrante<sup>5</sup>.

Un año después (1899), estando ya en Tolón como veremos Don José Riera, al anunciar los cultos del día del Pilar señala EL DIARIO que la imagen de Santa Isabel Reina de Hungría que se veneraba en la ermita y de la que era camarera precisamente la señorita PILAR RIERA «ha estrenado este año un nuevo hábito de terciopelo y cetro y corona de plata...». No creo ajeno a este embellecimiento de la Santa a nuestro biografiado, así como a su abuelo el viejo platero Senac.

---

5 EL HERALDO DE MURCIA, el 11 de octubre sí que señalaba el predicador: Don Serapio Martínez y López-Guillén, joven sacerdote sanantolinero, casi contemporáneo de Riera, Capellán del Hospital de San Juan de Dios. Pero, meses antes, el 26 de julio anunciaba: «En la iglesia del Pilar se dirá mañana a las cinco una misa de acción de gracias, ofrecida por la familia del Capellán del «Infanta María Teresa» señor Riera, para cuando tuvieran buenas noticias de éste».

El 6 de noviembre del 98 —cosa curiosa— señalaba EL DIARIO que nuestro buen Capellán había administrado el Sacramento del Bautismo por vez primera en su vida a un hijo de su buen amigo Don José Salvat Rodríguez, lo que no tiene nada de particular dada la rápida incorporación de Riera a la Armada y su marcha a Cuba.

El 17 de noviembre anunciaba un sermón de Riera en el Triduo que en la Parroquia Castrense de Cartagena celebraba a su Patrona la Asociación de Damas de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Perpetuo Socorro.

No considero ajeno a este encargo al Teniente Vicario de Cartagena Don Mariano Medina y Romero, mentor y guía a lo que creo de Riera en sus primeras andanzas castrenses.

Tampoco debió de quedar mal como orador sagrado en ciernes el joven Capellán, cuando pocos días después con el título de ORADOR SAGRADO hacía EL DIARIO esta cariñosa referencia a Riera:

«Nuestra felicitación al Capellán del Acorazado «INFANTA MARÍA TERESA» que, si en las desgracias de Santiago de Cuba contrajo méritos al lado de sus feligreses, puede ya contarse como uno de los distinguidos Capellanes de la Armada por sus dotes oratorias»<sup>6</sup>.

Finalmente el 8 de marzo del año siguiente, 1899, al parecer ya un poco calmados los ánimos, señalaba el familiar DIARIO:

«CAPELLÁN DEL «PELAYO». Mañana saldrá para Tolón para embarcar en «EL PELAYO» el nuevo Capellán de dicho acorazado, nuestro estimado amigo Don José Riera Senac, que desempeñó igual cargo en el «INFANTA MARÍA TERESA»».

Desde Tolón, unos meses después, al cumplirse el primer aniversario de la dolorosa gesta de Santiago de Cuba, remitió el Capellán Riera al Director de EL DIARIO DE MURCIA un bellísimo y apasionante artículo que mereció figurar en la primera plana y que, por su interés anecdótico, no he dudado en transcribir íntegramente, porque pese a su estilo un tanto altisonante (por otra parte muy de la época) respira la tremenda sinceridad del testigo presencial, del joven sacerdote y del apasionado patriota que fue RIERA SENAC. Dice así:

«RECUERDOS. Hoy, a la hora en que EL DIARIO DE MURCIA llegue al domicilio de sus lectores, hará un año que la escuadra española, mandada por el Conalmirante Cervera, poníase en movimiento en la bahía de Santiago de Cuba, preparándose a abandonar el puerto.

En la risueña alborada que precedió a la memorable mañana del 3 de julio, nadie hubiera dicho, que en aquellas aguas, espejo inmenso del más azul de los cielos, habían de sepultar para siempre la soberanía española; que sobre aquellas ondas, ligeramente rizadas por la brisa,

---

6 Más explícito EL HERALDO DE MURCIA, publicaba el 9 de diciembre:

«Leemos en un estimado colega de Cartagena: Con verdadera satisfacción vimos ayer ocupar la cátedra sagrada en la iglesia Castrense de Santo Domingo al ilustre Capellán de la Armada, Don José Riera.

El joven sacerdote, que a bordo del «María Teresa» asistió a la catástrofe de Santiago de Cuba, al subir al púlpito por primera vez en acción de gracias a la Virgen del Perpetuo Socorro, no trató de ocultar la profunda emoción que embargaba su espíritu, y comenzó recordando que de este puerto de Cartagena partió y a él vuelve con el alma llena de gratitud. Su oración sagrada fue un hermoso himno a la eterna protección de la Virgen, y los párrafos finales en que supo pintar con gran riqueza de colorido y acentos de verdad aquellos cuadros del combate, salvándose unos y sucumbiendo otros para recibir el premio de sus fatigas e invocando todos el nombre dulcísimo de la Madre de Dios, causaron profunda impresión en el auditorio.

Nos permitimos recomendar al señor Riera que procure frecuentar el púlpito, y no tardará en figurar entre los más notables predicadores».

habían de flotar, a guisa de ataúdes de acero, las naves que en tiempos más felices arribaran a las costas cubanas llevando a sus habitantes la civilización, y pasearan por los mares, triunfante y gloriosa, la enseña veneranda de la patria.

Pero habíale llegado a España el momento de atravesar una de esas crisis supremas que tan hondamente conmueven a las naciones precipitándolas a aceptar sus fatales destinos históricos.

Y aquella errante y desamparada flota, que en Cabo Verde comenzó a subir la cuesta de la amargura, caía por primera vez en la Martinica; prosigue su misterioso viaje, para dar poco después en Curaçao, y tras noches interminables de zozobras y peligros, verse obligada a entrar en Santiago de Cuba, donde alcanza su postrera caída; allí apura hasta la heces, el cáliz de todos los sacrificios, pero obedeciendo superiores órdenes, se levanta resignada, sin vacilar, y continúa su marcha hacia el calvario.

Majestuosos, como los mártires iban al suplicio, avanzaron aquellos cruceros, segurísimos del desastre.

Espesa curva de potentes acorazados enemigos esperaba fuera la aparición del primer buque, cuando se presentó el «Infanta María Teresa» iniciador del tremendo combate.

Renuncio a reproducir aquí todos sus detalles, ante el temor de que se me juzgue exagerado, y en la convicción de que muy pronto hablará la historia con justicia de aquel hecho, y reservará para sus protagonistas una página de abnegación, de valor y de patriotismo.

Cedieron, pues, nuestros barcos, al encuentro brutal de la superioridad abrumadora, como cede la endeble vivienda, levantada al pie de altísimo monte, a la gravitación de enorme peñasco que se derrumba; como cedería delicado bajel que la tempestad empujara con violencia, al sumergir su proa en ignoto arrecife diamantino; como cede, por último, la ola al asaltar furiosa la inmóvil roca, en cuya frente de granito rompe su diadema de espumas...

Día de grandes tristezas, por tanto, es para la patria este primer aniversario, de aquella tragedia desarrollada en el grandioso escenario del Mar, a la hora de nona de una mañana espléndida, bajo los rayos volcánicos del sol antillano y las roncadas silbaciones del cañón, semejantes a espantosa catarata de truenos.

Fecha de perpetua recordación para todos, la de aquel drama que anunciaba desde sus comienzos la rápida proximidad del cruento desenlace.

Yo he visto, en brevísimo intervalo de tiempo, la férrea envoltura de nuestros buques, taladrada por la metralla enemiga; mudas sus baterías, y las cubiertas convertidas en mataderos humanos, donde la sangre escapada de las heridas, corría humeante en rojos charqueros; he visto los cascos deshechos y tumbados sobre cabezales de piedra durísima; centenares de víctimas que dieron su vida en la honrosa lid del combate, o sucumbieron, jadeantes de angustia, en lucha titánica con el amargo oleaje del mar despiadado; he visto una playa que extiende su alfombra de arenas, donde caía, rendido y presa de horror, el naufrago que en hora afortunada arrastró a nado su cuerpo hasta la solitaria orilla; y como último cuadro de aquel pavoroso espectáculo, he visto alumbrada la manigua con los resplandores del incendio, que difundieron las naves, transformadas en pirámides flotantes de fuego.

Jamás se borrará de mi mente la imagen de aquella tarde luctuosísima, cuando entre mofas e insultos de manigüeros piratas, custodiados por CANÍBALES marinos norteamericanos, desnudos, desfallecidos y febriles, descubiertas las heridas de muchos y agrupados sobre el fango, abordábamos con el agua al cuello las embarcaciones yankees que nos conducían, como trofeos de la victoria, prisioneros a sus formidables buques. Sólo quedaron en la playa sumidos

en letargo eterno algunos infelices que se rindieron a la muerte y cuyos restos allí enterrados, no tendrán más oraciones que las rumorosas estrofas entonadas por las olas, al acercarse a besar sus sepulcros.

Recordaré siempre con indignación, la noche infausta en que unos cuantos marinos españoles fueron vilmente asesinados en la popa del «Harward» por una turba de voluntarios de Massachussets, que ébrios aún de sangre, dispararon a voluntad sus fusiles contra un montón de indefensos cautivos; ¡INFAMES!; a la mañana siguiente, los cadáveres de aquellas víctimas, envueltos a manera de fardos, resbalaban por pendiente tablero cayendo pesadamente en el mar...

Como si viese en la realidad, desfilan por mi memoria los campamentos americanos tendidos en las alturas de Guantánamo, las guarniciones yankees y sus ambulancias de la Cruz Roja, establecidas en Altares, y las tropas avanzadas construyendo trincheras hacia el camino de Santiago; contemplo la gigantesca fortaleza del Morro, ondeando todavía, sobre lo más alto, los colores de oro y naranja de nuestra bandera; la famosa batería de la Socapa, eterna pesadilla del enemigo, tan tenazmente defendida por un puñado de valientes; y como término a nuestra peregrinación a bordo de la escuadra vencedora, veo en la lejanía, entre las últimas luces de un sol que se extingue, los cruceros «Infanta María Teresa» y «Almirante Oquendo» hundidos delante de NUMANINA como boyas funerarias, señalando al navegante el lugar donde se perpetró el horrendo crimen internacional, del mismo modo que la cruz sencilla plantada en la margen del camino, señala al que pasa, el lugar donde se cometió el delito.

Días después de fondear en Annapolis, abandonamos el vapor de los asesinos, trasladándonos a la pintoresca Escuela Naval, habilitada de antemano para estancia de los prisioneros.

Durante aquel mes justo de cautividad en tierra firme americana, pasé los ocios entregado a las nostalgias que engendraba en mi espíritu, el dulce recuerdo de esa hermosa tierra en que nací; allí pensaba en el hogar humilde que habitan mis seres más queridos; imaginaba a mi buena madre, loca de pena, rodeada de la grandeza del dolor, secos sus ojos por el llanto, temblorosas sus palabras por el continuo rezar; recordaba la modesta ermita del Pilar, a cuya sombra se deslizaron los floridos años de mi juventud; el templo santo donde dirigí a Dios la oración primera y la esbelta torre de la Catedral a cuyas plantas se yergue el Seminario donde se nutrió mi inteligencia y educó mi corazón. Trasladaba mi alma al Santuario bendito donde tiene su trono la Virgen incomparable y bella, ante la que tantas veces me había arrodillado, y a la que fervorosamente invoca el murciano en los momentos de tribulación y angustia.

¡Cuanto agradecí la única carta que llegó a mis manos en aquella humillante clausura y cuantas horas de sosiego me proporcionó su lectura consoladora! Era de mi buen amigo Don Vicente Daviu, a quien nunca pagaré bastante su fina atención.

Así transcurría el tiempo, cuando designado para cumplir caritativa misión, bendije el feliz instante que me devolvía la esperanza de regresar a la patria amada, cuyo suelo ansiaba pisar; el gobierno de los Estados Unidos, decretó entonces, se me diese la libertad.

¡Libertad, vocablo hermoso y santo, ideal sublime por el que viene suspirando la humanidad, en su constante batallar a través de los siglos!

Traslademe a la populosísima Ciudad de Nueva York, donde contra mi deseo, presencié la manifestación de entusiasmo más grandiosa que pudiera hacer Nación alguna a sus «héroes legítimos»: Se esperaba la entrada triunfal de la escuadra de Samsón.

Todos los vapores anclados en el Hudson estaban empavesados, y los que debieran levar

retrasaron por tal motivo su salida; yo me hallaba en la cubierta del «Wilhem II», confundido entre los pasajeros, cuando obedeciendo al movimiento de general expectación, fijé la vista hacia donde todos la dirigían, y pronto tuve delante la colosal silueta de aquellos acorazados, que a toda máquina y despidiendo un humo negrísimo cruzaban la inmensa bahía, en medio de hurras atronadores, a los sonos de innumerables charangas, ensordecedor batir de palmas, gritos delirantes y agitación de pañuelos con que la imponente muchedumbre, borracha de alegría, saludaba la bandera estrellada.

En aquella orgía, sólo dos protestaban con el silencio, el primer médico del «Vizcaya» señor Jurado, gravemente enfermo, y yo que le acompañaba; nos miramos, y él con voz apagada, sin ocultar su coraje, me decía: «¡Qué le vamos a hacer, paciencia!»...

Salimos por fin de la monumental Ciudad, y diez días después, fondeábamos, llenos de júbilo, en la rada de Cádiz; desde allí pasé a San Fernando para instalar en su casa al doctor enfermo; continué hasta Madrid y, tras breve estancia en la Corte, emprendí viaje a Murcia, anhelado término de mi peregrinación.

¡Con qué espontaneidad se humedecen mis ojos, al recordar la escena aquella de indefinible gozo, cuando en presencia de deudos y amigos, se arrojó mi madre impetuosa a mis brazos! ¡Todo había ya pasado!

Reconocimiento profundo, eterno, a los periódicos todos de esa Capital por su noble campaña de interés hacia mí, y por los muchos consuelos que sus columnas llevaron al seno de mi atribulada familia, en los días de terrible incertidumbre que subsiguieron a la catástrofe; igualmente a las demás personas y amigos que honraron por entonces mi casa, fortaleciendo a mis padres cuando se iba ya perdiendo toda esperanza; a cuantos lloraron con mi madre y compartieron después con ella su irremplazable alegría de poder abrazar al hijo que creyó perdido; a los que acudieron a estrechar mi mano, al poner los pies en este mi suspirado suelo; a los vecinos de la calle del Pilar, que saludaron mi llegada con demostraciones de contento, a todos sin excepción, sirvan estas líneas de justo homenaje como reflejo fidelísimo de la gratitud que rebosa mi corazón; a todos, repito, os digo desde aquí con toda la sinceridad de mi alma: ¡Que Dios os lo pague!<sup>7</sup>

No quiero terminar sin advertir a los poderes públicos, que los sacrificios no se imponen ni aceptan, cuando sus resultados han de ser estériles y hasta vergonzosos, que la sangre de una generación de españoles, vertida a torrentes a consecuencia de obstinados errores gubernamentales, caerá como una maldición sobre ellos; y que de la imperdonable responsabilidad contraída tendrán que rendir estricta razón en no lejano plazo, ante el severo Tribunal de la Divina Justicia.

¡Una plegaria por los héroes que sucumbieron el 3 de julio!

¡Honor y gloria a los mártires!

JOSE RIERA SENAC

Toulón-sur-mer y junio del 99».

---

7 He podido comprobar, documentalmente, que EL HERALDO DE MURCIA, que junto con EL DIARIO constituía el año 1898 la prensa local, se hizo eco, con toda fidelidad de las noticias sobre el Capellán Riera, que no he transcrito por no incurrir en enojosas repeticiones, pero Riera se hizo eco del hecho al agradecer «a los periódicos todos» de esta Capital, sus noticias.

El doloroso recuerdo de la gesta acompañó a Don José Riera todos los días de su vida; por eso, con toda justicia, al citarlo en mi libro «La Diócesis de Cartagena y la aventura de América»<sup>8</sup>, escribí:

«Todos estos sucesos los narraba, con calor y emoción, el bueno de Don José Riera Senac, a sus amigos y contertulios de Murcia, donde se desarrollaron también los últimos años de su vida, después de haber alcanzado los más altos puestos en el escalafón del Cuerpo Eclesiástico de la Armada».

Falleció en Madrid el día 3 de Junio de 1952, y la prensa de Murcia se hizo eco de su muerte con varios cariñosos artículos de D. Nicolás Ortega Pagán y D. Jesús Frutos Valiente.

---

<sup>8</sup> (Murcia 1993, Colección CARABELAS, editado por la Comisión del V Centenario del Descubrimiento de América), e inexplicablemente, todavía sin publicar ni menos poner a la venta...